

Sintonía

La libertad es un derecho para ser ejercido tan libremente como la palabra indica, pero de puertas adentro. Allí, cada cual con su dignidad y con su conciencia. El hogar es un recinto privado, donde el cabeza de familia, con el respeto y los deberes que su cargo le imponen, puede mandar —si le dejan— a su antojo y manera.

Pero cuando de la calle se trata, o al interés público se refiere, la cosa, por cierto, es muy distinta. Precisamente porque la calle es patrimonio de todos, nadie puede estorbarla a su capricho, aunque corran de su cuenta los gastos de sufragio del estorbo.

¿Quién interviene, por ejemplo, en el permiso que precisa la colocación de rótulos y anuncios? ¿Vamos a creer que ya basta con el pago de unos arbitrios?

Lo cierto es que, según parece, nadie cuida del aspecto estético y artístico.

Por eso comprendemos muchas casas. Por eso a veces vemos lo que vemos. O sea que el mal gusto campea a su albedrío. Y francamente, no hay derecho a que nos cuelguen por las calles ciertos adfosios de tono y color subido.

Con ello creemos haber dicho lo que precisaba. Vamos a ver ahora si, en bien de la ciudad, por su prestigio y abolengo, seremos escuchados.

SAN FELIU  
DE GUIXOLS  
6 MAYO 1954

Año VII

N.º 332

# Amorosa

«SIEMPRE EN CAPILLA», de Luisa Forrellad

Correo de las  
**LETRAS**

que nos ocupa, pero pudo más la curiosidad que la voluntad, y uno leyó tres críticas consecutivas. La de M. de Montoliu en el «Diario de Barcelona», la de Almagro en «La Vanguardia» y la de J. S. Arbó en «Destino». Fernández Almagro es el más ponderado y habla siempre de una «primera novela». Arbó y Montoliu nos parecieron en sus elogios, francamente exagerados. Claro que cada crítico puede tener su propio concepto de lo que debe ser una novela, y que estos conceptos pueden ser tan dispares como el que sustentó nuestro Ortega y el defendido por Sartre. Para Sartre, la novela es acción; mientras que para Ortega la trama es sólo su armazón exterior. En realidad, quizá, la novela sea indefinible; desde luego, es el género literario que abarca más amplio campo.

¿A qué tipo de novela pertenece SIEMPRE EN CAPILLA?

Uno diría que al narrativo, pues la autora no hace más que contarnos con minucioso detalle la evolución, crisis y cese de una epidemia de difteria; aunque el tema central del libro, el sugerido por el título, no sea precisamente la mencionada epidemia. El libro está escrito en primera persona; son las memorias de Len, el protagonista, y uno cree que a él se refiere el «Siempre en Capilla» del título. Veamos: Len es testigo de un crimen. Salvar vidas es el lema del médico; matar es la consigna del asesino. En el alma del médico se levantan iray horror contra el delincuente; odio. Y sobre el horror y el odio, la mano de Len tiene que luchar en favor de la vida del asesino, convertida en conejillo de indias, en campo experimental, de un suero antidiftérico preparado por un compañero de aquel. Como sea que los efectos del suero se hacen esperar y petigra la vida de Martino, Len se ve obligado a operar. Opera en malas condiciones, ya que el mismo se siente atacado por el virus, y no puede dominar el vértigo. Tiene que sustituirle su compañero, finalizando la operación, mientras él se hunde en el delirio y la fiebre. El infortunado Len arrastra en su desvarío el último recuerdo de la torpeza de su mano y la obsesión de haber causado la muerte de Martino. Después de un período de tiempo vacío, sin conciencia, Len discurre por los caminos de una franca convalecencia, pero siempre con la angustia atenazante de su preocupación. ¿Vive o murió Martino? Indaga, pregunta, interroga a sus compañeros, y a ca-

da pregunta, a cada duda, desfallece su corazón: Hasta que, al fin, de una manera incomprensible, deja Len de interesarse por lo que pasó, por lo que fué, renuncia a la pregunta y al escarceo. Y con él queda el lector sin saber de cierto lo que sucedió a Martino.

El lector tampoco se entera de cómo piensan y viven los personajes centrales del libro, pues no consigue la autora darnos de ellos una visión acabada. No obstante, hay un retablo de figuritas de fondo perfecto; apariciones fugaces, vidas cortas recogidas con sumo acierto y gracia.

El don narrativo le ha sido concedido a la autora en un estilo algo infantil, ricamente ameno y fluido. El lector vive las prisas del ir y venir alocado de los tres médicos, siente el latigazo del crimen, la mezcla de lástima y repugnancia de ver a Martino convertido en un conejito, se compadece más tarde de la obsesión de Len, y espera, espera, al volver las páginas, por la promesa de su interés, la consecuencia, la conclusión. Consecuencia y conclusión que no llegan; y el lector cierra el libro, defraudado, porque de un Premio Nadal algo mejor pudo esperarse. — L. d'Andraitx

Archivo de  
**CORTESIAS**

Nuestro buen amigo y Director del «Diario de Barcelona» honra hoy estas páginas con las siguientes líneas que, gustosos, ofrecemos a la ciudad, agradeciendo en su nombre a tan ilustre autor la cordialidad que entrañan estas sus amables palabras:

No hacía falta que los extranjeros dijese que la Costa Brava es uno de los pedazos más hermosos de España, que tantas cosas bellas contiene. Los españoles lo sabíamos, especialmente los catalanes y los que vivimos en Cataluña, que estamos orgullosos de tener esta joya al alcance de la mano. Pero resulta agradable y nos produce honda satisfacción salir de nuestras fronteras y oír hablar con tan encendida admiración de esta Costa que se llama Brava, pero que debería llamarse Bella, así con mayúscula y por antonomasia. La afluencia de extranjeros a sus playas es sólo pálido reflejo del creciente prestigio de que goza hoy en el mundo entero, ya que si las circunstancias fuesen en Europa más favorables los visitantes se multiplicarían de tal manera que sería imposible alojarles a todos.

Elogian la natural hermosura de este sector del Mediterráneo, el color del mar y el del cielo y también la alegría y la hospitalidad de sus habitantes. Les atraen sus incomparables calas, sus pueblos y ciudades. Una de las que he oído más entusiásticos elogios es de San Feliu de Guixols, con su puerto, su playa, San Elmo, los restos del famoso cenobio benedictino a cuya sombra nació la ciudad, el Paseo con sus plátanos de fresca sombra en estío, los hoteles y los platos típicos de su sabrosa cocina y la gracia con que en San Feliu, como en toda la Costa, se sabe beber en porrón, ese arte que les parece tan difícil de ejecutar a la perfección como el tañer las castañuelas cuando van a Andalucía.

ENRIQUE DEL CASTILLO